

Huevos cascados sin tortilla

SLAVOJ ŽIŽEK

Tras el triunfo electoral de los partidos euroescépticos y anti-inmigración en países como Francia y Reino Unido, muchos liberales han expresado asombro y preocupación. Sin embargo, había una especie de ingenuidad fingida en su sorpresa e indignación, en su estupor ante el modo en que se ha materializado la victoria de la derecha populista. Lo que deberíamos preguntarnos es por qué ha tardado tanto la derecha anti-inmigración en conseguir un avance decisivo.

Cuando Jean-Marie Le Pen contó un chiste de mal gusto sobre una cámara de gas y un cantante negro de música pop (la próxima vez lo “meterán en el horno”), su hija Marine le Pen le criticó abiertamente, con lo que se promocionaba como la versión humana de su padre. Carece de importancia que este conflicto familiar sea real o simulado; la oscilación entre ambas facetas, la brutal y la civilizada, es lo que define a la derecha populista actual. Bajo una apariencia pública civilizada, acecha su espantoso y brutal lado oculto, y la diferencia radica solamente en el grado en que este lado oculto se muestra de forma abierta. Aunque esa espantosa faceta oculta permanezca perfectamente escondida, aunque no haya rendijas por las que pueda escapar, sigue ahí como una suposición silenciosa, como un punto de referencia invisible. Sin el espectro de su padre, Marine le Pen no existe.

No hay sorpresas en el mensaje de le Pen: el habitual patriotismo de clase trabajadora antielitista dirigido contra los poderes financieros transnacionales y la alienada burocracia de Bruselas. Y, efectivamente, el contraste entre le Pen y los tecnócratas europeos es muy marcado: devuelve la pasión a la política ape-

lando a las preocupaciones de la gente corriente. Hasta algunos izquierdistas desorientados han sucumbido a la tentación de defenderla.

Todo empieza con una premisa correcta: el fracaso de las políticas de austeridad puestas en práctica por los expertos de Bruselas. Cuando el escritor rumano de izquierdas Panait Istrati visitó la Unión Soviética en la década de 1930, la época de las grandes purgas y los juicios ejemplares,



NOMBRE APPELLIDO

Lo menos que se puede afirmar es que esta crisis que empezó en 2008 aporta pruebas de que los expertos no saben lo que hacen

un apologista soviético que intentaba convencerle de que la violencia contra los enemigos era necesaria citó el dicho de que “No se puede hacer una tortilla sin cascar algunos huevos”. A lo que Istrati respondió lacónicamente: “De acuerdo. Veo los huevos cascados. ¿Dónde está vuestra tortilla?”. Deberíamos decir lo mismo sobre las medidas de austeridad impuestas por los tecnócratas de Bruselas: “Vale, estáis cascando huevos en toda Europa, ¿pero dónde está la tortilla que nos habéis prometido?”.

Lo menos que se puede afirmar es que esta crisis que empezó en 2008 aporta mu-

chas pruebas de que no son los ciudadanos sino los propios expertos los que, en su gran mayoría, no saben lo que hacen.

Ahí reside el verdadero mensaje de las protestas populares “irracionales” que hay en toda Europa: quienes protestan son muy conscientes de lo que no saben, no pretenden tener respuestas rápidas y fáciles, pero a pesar de ello, lo que su instinto les dice es verdad: que quienes están en el poder tampoco lo saben. En la Europa actual, los ciegos guían a los ciegos. La política de la austeridad no es una verdadera ciencia, ni en el menor de los sentidos; se acerca mucho más a una forma contemporánea de superstición. Sin embargo, ¿puede la idea de una Europa unida reducirse al reinado de los tecnócratas de Bruselas? La prueba de que no es así es que EE UU e Israel, dos Estados nacionales arquetípicos obsesionados con su soberanía, en su fuero interno y a menudo ofuscado, consideran que la Unión Europea es el enemigo.

¿Y cuál es el problema de los tecnócratas de Bruselas? No solo sus medidas, su falsa competencia, sino sobre todo su modus operandi. La esencia de la política actual es una administración y coordinación de intereses no politizada. La única forma de introducir pasión en este ámbito, de movilizar activamente a la gente, es mediante el miedo: miedo a los inmigrantes, miedo al crimen, miedo a la depravación sexual impía, miedo al propio Estado excesivo (con su cargamento de impuestos elevados), miedo a la catástrofe ecológica, miedo a la hostilidad (la corrección política es la forma liberal representativa de la política del miedo).

La lección que deberían aprender los liberales atemorizados es, por tanto, que solo una izquierda radicalizada puede salvar lo que valga la pena salvar del legado liberal. Si eso no sucede, la triste perspectiva que nos acecha es que los extremos se acaben uniendo: el gobierno de unos tecnócratas financieros sin nombre bajo la máscara de las seudopasiones populistas. ■